

Globethics Repository



Continuidad y ruptura en el discurso político [Continuity and change in political discourse]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Mires, Fernando
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-15 04:28:25
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/218952

Continuidad y ruptura en el discurso político

Nueva Sociedad
91
septiembre
octubre
1987

Fernando Mires

En el presente artículo son tematizadas las relaciones que se dan entre los movimientos políticos latinoamericanos «existentes y reales» y los posibles nuevos discursos políticos. Tesis central es que en la región se vive un periodo fundacional determinado por la bancarrota de los antiguos discursos modernizantes en sus expresiones «desarrollista» y «revolucionaria» lo que, a su vez, resulta de profundos cambios en la producción y en el trabajo desde los llamados «centros industriales». Tales cambios han afectado a la economía y a la sociedad, obligando a repensar la realidad como ruptura, pero también como continuidad con el pasado.

Si se comparan los temas considerados relevantes durante las tres décadas pasadas con los que priman durante los años 80 en los círculos intelectuales y académicos que se ocupan de América Latina, es fácil observar que tanto en los contenidos como en los discursos predominantes hay una más que ostensible variación.

Recordemos que los temas que predominaban en décadas anteriores eran, en lo económico, el desarrollo a través de la industrialización y, en lo sociológico, la integración de los sectores «marginales» y la superación del «dualismo estructural».

Fernando Mires: politólogo y sociólogo chileno.

Palabras clave: desarrollo, modernismo, discurso político, América Latina.

En lo político, la misma temática se desenvolvía en discusiones relativas a si las «burguesías» tenían un carácter nacional o no; o si las «oligarquías» tenían un carácter feudal o capitalista; o si la alternativa era fascismo o socialismo; o si la vía parlamentaria o la vía armada eran las más adecuadas para «tomar el poder».

Desde luego, tales temas no primaban por casualidad, sino que estaban en correspondencia con hechos históricos muy precisos, determinados por un periodo que es posible caracterizar como de *modernización*.

El auge modernista

Tal modernización se deduce de aquellas transformaciones económicas y sociales que tuvieron lugar en algunos países de América Latina como consecuencia de los procesos de industrialización dependiente, después de la Segunda Guerra Mundial. En tal sentido, entendemos por modernización una serie de cambios que, más allá de lo puramente económico, abarcaban el ámbito cultural e ideológicamente se expresaban en el convencimiento de que la «historia» de los países del continente avanzaba en un sentido progresivo hacia «etapas superiores». Esa visión modernizante se ramificaba a su vez en dos fracciones: una que aquí denominamos *desarrollista* y otra que denominaremos, provisoriamente, *revolucionaria*.

El auge modernista tiene que ver, fundamentalmente, con el proceso de recuperación de crisis y con la emergencia al interior de la sociedad norteamericana de sectores industrialistas dispuestos a abrir nuevos mercados de capital y, en lo que respecta a los países latinoamericanos, complementar la tradicional articulación agro-minero-exportadora con reformas de estructura tendientes a favorecer el desarrollo de nuevos «enclaves» industriales. Ello presupuestaba, a su vez, eliminar lo que en ese tiempo se denominaba «los obstáculos del desarrollo»; vale decir, la oposición de los sectores «oligárquicos» o «tradicionales».

La dinámica desatada por las transformaciones que fueron proyectadas para América Latina, sobre todo en las décadas de los 50 y 60, tuvo el efecto de facilitar una suerte de encuentro entre los nuevos cursos de la economía, con elites intelectuales y políticas preexistentes formadas como consecuencia de la urbanización y de la expansión de las universidades. Es necesario insistir en el término *preexistente*, pues con ello tratamos de evadir el prejuicio economicista que adjudica a tales elites el simple papel de instrumentos pasivos al servicio de la penetración extranjera. En muchos casos, ellas irrumpieron a la escena

política en nombre del nacionalismo antiimperialista. Piénsese en los orígenes del APRA peruano o del MNR boliviano, o del primer peronismo; todos eran movimientos cuyos dirigentes habían hecho de la idea nacional-antiimperialista uno de sus principales signos de identificación. La noción del encuentro entre intereses norteamericanos y las elites nacionalistas quiere designar un instante muy particular en que los intereses nombrados parecían tener un sentido «progresista» en la medida que postulaban lesionar los de las oligarquías tradicionales, hasta ese momento, las más ligadas a la penetración extranjera y, por tanto, el principal enemigo local de los movimientos nacionales. Así, las elites modernistas creyeron que llegaba el momento de ajustar cuentas con esas «oligarquías», produciéndose en varios países una curiosa simbiosis entre la penetración económica externa y el auge de movimientos populares activados en contra de las «oligarquías» por las elites modernistas. Quizás uno de los ejemplos más nítidos de esa simbiosis fue la irrupción política de la democracia cristiana chilena (DC), la que, ante la ausencia de un movimiento nacional popular, como los que existían en otros países, logró combinar rápidamente la idea del cambio social antioligárquico, la movilización popular y las nuevas formas de dependencia. De ese modo, la DC se convirtió, de un partido de elite, en un partido de masas que concentraba las demandas sociales de vastos sectores subalternos de la población (sobre todo, los «marginales» del campo y de la ciudad), combinándolas con proyectos modernizantes y/o industrialistas de sectores empresariales nacionales y extranjeros¹. Que las reformas de la DC desatarían un enorme potencial de contradicciones sociales acumuladas no estaba, por supuesto, en los planes de las elites, ni mucho menos en los de los empresarios².

Una visión optimista de la historia

Ahora bien, cualquiera sea la evaluación que se haga respecto a las décadas pasadas, hay un punto que puede ser materia de consenso unánime, y éste es que las dos fracciones del modernismo, la desarrollista y la revolucionaria, poseían una visión extremadamente optimista de la historia.

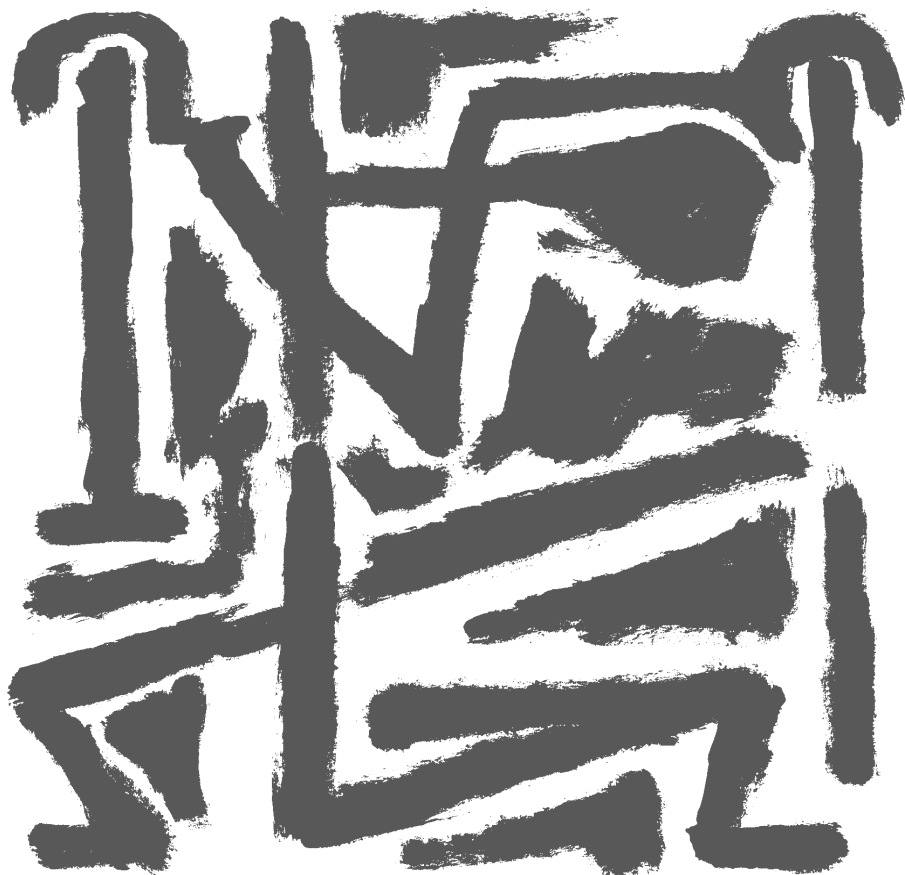
1. En América Latina parece confirmarse la anotación que una vez hiciera Gramsci en el sentido de que, a diferencia de los «agrarios», que por lo común tienen un partido, los «industriales» no lo tienen y apoyan simplemente a quien les dé mejor garantías.

2. Sería interesante analizar en qué medida algunas revoluciones en América Latina han ocurrido debido a la ausencia de sectores empresariales en condiciones de imponer su sello a la economía y a la sociedad. Las revoluciones de Bolivia en 1952, Cuba en 1959 y Nicaragua en 1979, parecerían confirmar tal suposición.

Lo planteado quiere significar que las múltiples diferencias sustentadas por ambas fracciones no cuestionaban la idea de la progresión histórica, sino que simplemente al sujeto que eventualmente debería llevarla a cabo. Para la visión desarrollista, los sujetos preferenciales eran las clases empresariales, las tecnocracias, las elites y, por cierto, el Estado. Para la visión revolucionaria, aquellos sujetos podían ser «el proletariado» y/o los campesinos, el «partido de vanguardia», y unas «masas» a las que, por lo común, se suponía en una permanente disposición insurreccional. Insistimos: las diferencias entre ambas fracciones distaban de ser puramente semánticas. Ellas eran radicalmente distintas, tanto en los medios como en los fines que habían de ser utilizados a fin de avanzar hacia el futuro. Unos postulaban la imagen de una sociedad (norte) americanizada. Ciudades con altos edificios florecerían por doquier. Los antiguos caciques oligárquicos cederían el paso a activos ejecutivos rodeados de hermosas secretarías. Otros postulaban un mundo en donde los antiguos indios y las masas de pobres urbanos y rurales se convertirían en fornidos y disciplinados proletarios que canalizarían el ciego «desarrollo de las fuerzas productivas» en una dirección socialista. Sin embargo, en las dos versiones, el «progreso» era algo que estaba inscrito en el propio curso de la historia y que, implacable y demolidor, avanzaba entre tractores, fábricas y chimeneas, aplastando a todos aquellos que se atrevían a ponerse en su camino. Las dos fracciones modernistas proyectaban sus ilusiones en «modelos» supuestamente exitosos. Para los desarrollistas, el mejor ejemplo presente del futuro era Brasil. Brasil, con sus tecnócratas en uniforme, con sus ciudades fabulosas, con sus autos fabricados en casa, con sus industrias de armamentos, con su burguesía emprendedora y dinámica, en fin, aquella potencia que era bautizada con un subimperialismo, pues atravesaba sus propios límites más allá del mismo continente, parecía ser el signo de una revolución industrial que se extendería a toda América Latina. Era, y así se decía, el «milagro». Los desarrollistas de Argentina («Argentina potencia», era uno de los lemas del segundo peronismo), México, Venezuela, sólo esperaban su turno para seguir los pasos del coloso brasileño.

La fracción revolucionaria, en cambio, proyectaba el futuro desde Cuba. Cuba, a pesar de ser una pequeña isla, había demostrado que en América Latina era posible asaltar el poder, enfrentar al propio Estados Unidos e iniciar la construcción del socialismo. La revolución parecía estar a la orden del día en toda América Latina. Los discursos de Fidel Castro y el ejemplo del Che ejercían una fascinación sin límites sobre miles de jóvenes universitarios y algunos de ellos subían a las montañas de sus países siguiendo los llamados de las OLAS, verdadera internacional disidente de la revolución latinoamericana. Eran aquellos los tiempos del «hombre nuevo», del «foco» y de la «voluntad revolucionaria».

Pero, que desarrollistas y modernistas eran dos ramas de un mismo tronco, se dejaba ver por los repentinos entrecruzamientos entre éstas. No fue ninguna casualidad, por ejemplo, que una de las teorías de legitimación revolucionaria del periodo, la famosa «teoría de la dependencia», hubiese surgido precisamente como resultado de la radicalización de algunas posiciones desarrollistas. Solía ocurrir que entre las elites de ambas fracciones habían no solo relaciones de amistad y parentesco, sino que, además, inesperados cambios de roles. Maoístas o guevaristas administrando algunas oficinas de las Naciones Unidas, o funcionarios bien dotados actuando como representantes de la guerrilla rural o urbana, no eran fenómenos demasiado raros. A la inversa, solía ocurrir que cuando un gobierno desarrollista accedía al poder (como fue el caso del general Velasco Alvarado, en Perú), algunos antiguos combatientes de la revo-



***El fracaso
del modernismo
desarrollista
no significó
tampoco el éxito
del modernismo
revolucionario***

lución se convertían rápidamente en consejeros técnicos, y hasta políticos, para la realización de los diferentes planes de gobierno.

Quizás uno de los casos más ilustrativos de lo que aquí podríamos denominar como *convergencia de las elites modernizantes* se dio en Chile durante los periodos de gobierno de la DC y de la Unidad Popular (UP). En cierto modo, el programa de la UP chilena

fue entendido –y lo era– como una prolongación del de la DC. Las diferencias fundamentales había que encontrarlas –lo decían los propios dirigentes de la UP– no tanto en los programas, sino en las posiciones políticas de aquellos que deberían llevarlos a la práctica. De este modo, durante el periodo de la UP, las ideas relativas al desarrollo económico se mezclaban con consignas atingentes al asalto al poder, a la movilización armada de las masas y al «enfrentamiento final». Tecnócratas que muy poco habían tenido que ver con la política se declaraban de pronto partidarios de impulsar el «poder popular». Keynesianismo y leninismo, lucha de clases y sueldos en dólares, autos importados y Che Guevara, no eran siempre realidades antagónicas. La izquierda dorada de los barrios altos parecía haber reconciliado la idea del desarrollo con la de la revolución, creándose así una realidad demasiado ilusoria como para que fuera verdad.

¿El fin de un periodo?

Hoy, no es ningún misterio, tanto el discurso desarrollista como el revolucionario se encuentran en crisis. Sin embargo, es algo más que casualidad que los dos estén en crisis al mismo tiempo. En el pasado reciente se habría dado por supuesto que el fracaso de uno debería constituir el éxito del otro. Por lo tanto, que ambos compartan la misma crisis obliga a pensar que esta vez el tronco común ha sido afectado. En otras palabras, ¿no es la crisis de los dos discursos algo más profundo, algo que tiene que ver con el término de un periodo, el de la modernización?

Por lo pronto, los desarrollistas no pueden mostrar un solo éxito en su favor. El milagro brasileño resultó al final sólo ser milagroso para los grandes consorcios. Las metrópolis más modernas de América Latina, con Ciudad de México a la cabeza, amenazan con convertirse en imponentes basurales. «El desarrollo huele mal», ha escrito un mexicano³. «El desarrollo debe ser puesto en el banquillo», exige un ex-desarrollista brasileño de izquierda⁴. Los grandes ríos, co-

menzando por el Amazonas, se han transformado en peligrosos conductores de enfermedades químicas. Las devastaciones ecológicas y las ruinas económicas se ofrecen a los aterrados ojos de los turistas. Fábricas vacías, empresas desmanteladas, ex-obreros harapientos, un comercio ambulante que crece y crece cada vez con menos cosas que vender, aumento de las enfermedades, de la prostitución, del hambre, de la criminalidad, de la mortalidad, no son resultados –eso ya nadie podría creerlo– de una falta de desarrollo, sino de un desarrollo perverso en sus medios y en sus fines. En lugar de emprendedores gerentes, las oficinas se han llenado de parásitos que han convertido a la economía, de una ciencia, en un simple medio para la especulación. Hasta generales, a quienes más de algún desarrollista consideró como ejecutores «bizmarkianos» (estatales) de una supuesta revolución industrial «desde arriba», han vuelto a esconderse en los cuarteles, en espera de momentos más propicios. Los desarrollistas ya no nos hablan más del futuro. Mucho más prosaicos, su tema y ocupación preferida es la negociación de una deuda externa contraída precisamente para financiar la fiesta de un desarrollo que nunca hubo. Pero no hay que creerles: la deuda externa no es el problema. Ella es, apenas, la pálida expresión financiera del problema cuyo origen dista de ser puramente financiero, pues se encuentra en los estilos, formas y contenidos de un desarrollo modernista esencialmente destructivo⁵.

La magnitud de las transformaciones ocurridas en el proceso de producción material no podían sino afectar la lógica de los discursos teóricos establecidos

El fracaso del modernismo desarrollista no significó tampoco el éxito del modernismo revolucionario. La revolución continental que iba a resultar después del estallido cubano resultó ser una utopía sin bases reales. Los guerrilleros de los diversos países tuvieron que optar entre bajar a las ciudades e integrarse a una vida normal, o vegetar, aislados del mundo, en las montañas. Las guerrillas de los años 80 tienen muy poco que ver con el romanticismo beligerante de la hora del Che. En un país, los combatientes se «ejecutan» entre ellos; en otro, convierten la aplicación de la violencia en un fin en sí; en otro más, asesinan a indefensos campesinos. Los antiguos tupamaros que asombraban al mundo

3. Gustavo Esteva: «Das Elend der Entwicklung» («La miseria del desarrollo») en *Forum*, diciembre-enero, de 1986, pp. 29-36.

4. Fernando Henrique Cardoso: «El desarrollo en el banquillo» en *Comercio Exterior* vol. 30 N° 8, agosto de 1980, pp. 846-860.

5. La misma afirmación se encuentra en Alois Möller: «Las ciencias económicas y las alternativas de desarrollo» en *Nueva Sociedad* N° 82, 3-4/1986, p. 74. Tb. Michael Ehrke: «Jenseits der Verschuldungskrise» en *Lateinamerika, Analyse und Berichte* N° 10, Hamburgo, 1987, p. 21.

con sus hazañas «tipo Robin Hood», y los montoneros, que fueron tomados tan en serio por los militares argentinos, son hoy héroes cansados, algunos de los cuales no aspiran más que a vivir en democracia. La terrible tragedia de Chile no trajo consigo ninguna «guerra regular y prolongada», y la izquierda de ese país está hoy más dividida que en los mismos momentos del golpe. Nunca el «proletariado» estuvo en condiciones de convertirse en aquella fuerza revolucionaria que profetizaba la teoría. Los poco importantes partidos comunistas, no encontraron en ninguna parte una posibilidad de inserción. Cuba, luego de sus incursiones en Africa, trata de soportar pragmáticamente su aislamiento y la idea de la expansión de la Revolución no figura en la agenda de sus dirigentes. Al fin, sólo queda como saldo una amenazada Nicaragua, cuyos múltiples comandantes de los años 60 hacen esfuerzos enormes para adecuarse a las condiciones que se dan en los 80. En síntesis, la llamada «crisis del marxismo» también llegó a América Latina, mostrando allí, al igual que en Europa, que ella no era sino la particular expresión de una crisis mucho más grande: la de la visión modernista de la política y de la vida.

Los momentos de la crisis

Ahora bien, que esa visión modernista en sus diferentes versiones se encuentre en una profunda crisis, no debe llevar a concluir que ella haya sido, en todo tiempo y lugar, una visión absolutamente falsa. A fin de ser ecuanímes, es necesario entender que si generaciones completas adhirieron, a veces con fe rayana en lo religioso, a sus postulados, fue porque esa visión, si no reflejaba la «verdad absoluta», contenía algunas «verdades parciales» y ofrecía, además, ciertas posibilidades para su realización en la práctica. Es absurdo afirmar que algo no puede ser posible solamente porque no se produjo. En otras palabras, los portadores de esa visión eran sujetos reales que actuaban en marcos de acción determinados y que apostaron, algunos con sus vidas, a la posibilidad de un proyecto. Por lo tanto, que el discurso de la modernización en sus versiones de derecha e izquierda se encuentre en una crisis, ocurrió no porque en un momento fortuito su lógica interna se hubiese disuelto en la nada, sino *porque los supuestos reales sobre los que tal discurso reposaba, o ya no existen o existen precariamente*. Eso significa que el escenario donde se proyectaba el drama modernista, y los actores que lo representaban, ya no son los mismos de antes. En ese sentido, la crisis no es más que la toma generalizada de conciencia respecto a una disociación evidente entre la realidad y su discurso.

En trabajos anteriores he tratado de analizar algunas de las modificaciones que se observan, tanto al nivel de la realidad social, como al nivel de la formulación

discursiva, en su correspondencia con transformaciones económicas ocurridas en los llamados «centros industriales»⁶. En estas páginas me limitaré solamente a puntualizar los que, a mi juicio, constituyen momentos principales en la configuración de las modificaciones mencionadas. Se advierte que la utilización del concepto «momento» y no «fase», por ejemplo, no es casual; con ello se quiere especificar que entre tales «momentos» no es posible siempre establecer una relación de estricta causalidad. Tales momentos son, a mi juicio, cuatro:

***El dismantelamiento
de fábricas y empresas
que florecieron
en el desarrollo
industrialista
y las ruinas urbanas son,
aparte de la deuda externa,
expresiones visibles
del nuevo orden económico
mundial***

El momento de las transformaciones en las llamadas economías industriales del centro.

Con ello nos estamos refiriendo a los cambios experimentados en los procesos de producción y de trabajo como consecuencia de la introducción de nuevas tecnologías derivadas de la aplicación de la energía atómica, de la microelectrónica y de las experimentaciones genéticas. Se trata, en buenas cuentas, de la tercera revolución industrial. Expresión social de tales cambios es la constitución «estructural» de un sector desplazado de los procesos de producción, por una parte, y de una reorganización al interior de los sectores dirigentes de la sociedad, por otra⁷. Ello se ve complementado con procesos paralelos de creciente atomización social mucho más complejos que simples dualizaciones, como han tratado de presentarlos algunos analistas⁸. La pérdida del peso específico de los sindicatos y de los partidos ligados a la clase obrera industrial tradicional es una de las expresiones más resaltantes, pero en ningún caso la única, que se derivan de las transformaciones señaladas. Desde esta perspectiva, el surgimiento de los llamados «nuevos movimientos sociales», algunos de los cuales han logrado articularse políticamente (como el «Partido Verde» de la República Federal de Alemania), pueden ser considerados, objetivamente, acciones defensivas tendientes a frenar los avances más agresivos de la tercera revolu-

6. Fernando Mires: «Nuevos sujetos, viejos discursos. Nuevos discursos, viejos sujetos» en *ALAI*, 4-5/1985, Montreal-Québec, pp. 22-28. Tb. «Jenseits (oder diesseits?) der Utopie» en *Lateinamerika, Analyse und Berichte* N° 10, Hamburgo, 1987, pp. 64-80.

7. Ello también puede hacerse extensivo a la Unión Soviética. El «fenómeno Gorbachov» no es independiente a la formación de una tecnocracia abierta a los usos tecnológicos occidentales; y que para desarrollarse necesita romper la costra burocrática que existe en la conducción política y económica del país.

8. Sobre todo André Gorz: «Wege ins Paradies», Berlín Oeste, 1985, p. 50.

ción. La magnitud de las transformaciones ocurridas en el proceso de producción material no podían sino afectar la lógica de los discursos teóricos establecidos y, por lo mismo, crear una zona de inseguridad e incertidumbre en lo que se refiere a la predicción de la sociedad del futuro. Términos como «sociedad posindustrial» (Touraine) o «periodo posmoderno» (Habermas) no hacen sino testimoniar la existencia de esa zona. La explosión de Chernobyl demostró incluso que una historia finita no solo es teórica, sino que también fácticamente posible.

El momento de una nueva división internacional del trabajo. Si pensamos en términos de economía mundial, resulta lógico que transformaciones de la magnitud que hemos descrito no pueden sino tener incidencias en las llamadas «periferias». Ello ha tendido a expresarse en una reorganización en las relaciones que reglaban las divisiones internacionales del trabajo, cuya característica principal es quizás una concentración extrema de los centros de producción industrial en espacios regionales muy limitados que después de muchos años de experimentaciones probaron reunir las óptimas ventajas comparativas. Ahora bien, muy pocas regiones de América Latina han pasado exitosamente tal prueba. En cualquier caso, habrá que concluir que procesos de «taiwanización» no son nada probables en un futuro inmediato. Por el contrario, aquello que parece ser predominante en la mayoría de los países latinoamericanos es el desplazamiento de las relaciones de dependencia a niveles más bien financiero-especulativos, una de cuyas expresiones, entre muchas otras, es la acumulación de las deudas externas. Para algunos autores, incluso, tal desplazamiento es la antesala de un colapso mundial sin paralelo⁹ y, para otros, es el comienzo de un nuevo capitalismo; un «capitalismo endeudado», por ejemplo¹⁰. El dismantelamiento de fábricas y empresas que florecieron en la época del desarrollo industrialista y las ruinas urbanas son, aparte de la deuda externa, expresiones visibles del nuevo orden económico mundial.

El momento de la reconfiguración social en la «periferia», en este caso, en los países latinoamericanos. Como resultado de los desmontajes industriales inducidos «desde afuera»¹¹, ha tenido lugar aquello que en la literatura sociológica se conoce como proceso de «desproletarización», que en los países latinoamericanos ha tendido a ser particularmente intenso y que se ha manifestado en drásticas re-

9. André Gunder Frank: «¿Es posible desactivar la bomba de la deuda?» en *Nueva Sociedad* N° 79, 9-10/1985, pp. 34-47.

10. Michael Ehrke: ob. cit., p. 26.

11. No deja de ser sintomático que justo cuando las economías centrales están interesadas en disociarse de procesos de industrialización en los países del Tercer Mundo, algunos científicos se esfuer-

ducciones cuantitativas del número de trabajadores ocupados en el sector industrial tradicional¹². Ello ha incidido en un debilitamiento de todas aquellas organizaciones sindicales y partidarias ligadas al desarrollo de la clase obrera. A su vez, en casi todos los países latinoamericanos han proliferado múltiples formas de trabajo atomizado, así como variados medios de vinculación informal al trabajo, hasta el punto que el estudio de los llamados «sectores informales» (o no reconocidos como formales por el Estado y las empresas privadas) se ha convertido en uno de los temas centrales en los congresos de economistas y sociólogos. Los sectores informales constituyen incluso una tentación ideológica para aquellos que andan buscando una nueva «fuerza histórica» que esté en condiciones de sustituir al perdido «proletariado».

Pero la reconfiguración social no solo afecta el campo de los sectores subalternos de la sociedad. También algunos sectores empresariales, que ayer pudieron haber estado en condiciones de constituirse en una «clase gestora» en el marco del capitalismo industrial dependiente, han optado por acomodarse a los nuevos cursos de la economía, desplazando sus ganancias de la actividad productiva a la puramente especulativa.

En las condiciones descritas, no solo se producen transformaciones al interior de las que fueron las clases consideradas como «pivotes» por los modernismos desarrollistas y revolucionarios (empresariado y clase obrera), sino que tiene lugar además un acelerado proceso de disolución interna de la sociedad, caracterizado por la emergencia y proliferación de múltiples poderes locales, regionales, e incluso institucionales. Mafias que se rigen por códigos propios, nuevos tipos de caudillismo y clientelismo político, zonas pobladas donde ni siquiera la policía se atreve a entrar, guerrillas autonomizadas del proceso político del que surgie-

La reconfiguración social expuesta hace muy difícil predecir el tipo de sistema político que tenderá a predominar, pues nunca ha habido en América Latina una relación directa entre relaciones sociales y poder político

zan en proponer la «disociación» como la alternativa más optimista y deseable. Sobre todo, Dieter Senghaas en: «Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik. Plädoyer für Dissoziation», Frankfurt, 1977.

12. Acerca del proceso de crisis industrial en América Latina v. datos reunidos por Max Nollf: «Camino propios hacia el cambio. Industrialización y políticas de ajuste» en *Nueva Sociedad* N° 88, 3-4/1987, pp. 121-129.

ron, ejércitos que no obedecen a los presidentes, etc., son productos visibles de la reconfiguración social que estábamos mencionando.

La reconfiguración social expuesta hace muy difícil predecir el tipo de sistema político que tenderá a predominar, pues nunca ha habido en América Latina una relación directa entre relaciones sociales y poder político. Así como hoy similares medidas económicas, sobre todo de tipo «ultraliberal», son impuestas al mismo tiempo por un general sanguinario y un presidente populista en distintos países, las nuevas formas de configuración interna de la sociedad pueden acelerar el advenimiento de una dictadura, como medio para mantener por lo menos la cohesión del Estado frente a la disolución interna de la sociedad, como también favorecer el desarrollo de procesos de democratización, a fin de que sean regulados los conflictos que aparecen entre los diversos poderes fraccionados. En tal sentido, lo más prudente es afirmar que los sistemas políticos que imperen tienen que ver con las especificidades y experiencias históricas particulares en cada país y no con supuestas leyes que dimanen de algún rincón ignoto de un también supuesto «sistema capitalista mundial», situado más allá de la realidad y de la historia.

El momento de crisis y revisión de los discursos políticos imperantes. Resulta obvio que si los «sujetos históricos», reales o supuestos, que primaron práctica o ideológicamente en el pasado, como fueron «la clase trabajadora» y el «empresariado nacional», han perdido su relevancia social, el o los discursos contruidos sobre la base de su existencia tienen que ser necesariamente alterados; esto es, deben entrar también en un proceso de crisis. Ello resulta más evidente si se tiene en cuenta *que no es el discurso el que crea a su sujeto, sino que el sujeto crea a su discurso*. Como ya hemos planteado, en América Latina ello se ha reflejado particularmente en la crisis del discurso de la modernización en sus dos versiones principales: la desarrollista y la revolucionaria. De la misma manera, la pérdida de relevancia de los sujetos mencionados permite la irrupción de protagonistas sociales cuyos movimientos, o estaban articulados al de los antiguos sujetos, o estaban bloqueados por ellos. Nos referimos a movimientos de preferencia no clasistas, como los de mujeres, juveniles, indígenas, religiosos, los cuales, pese a no poseer un discurso propio, no eran por eso ni menos existentes ni menos reales.

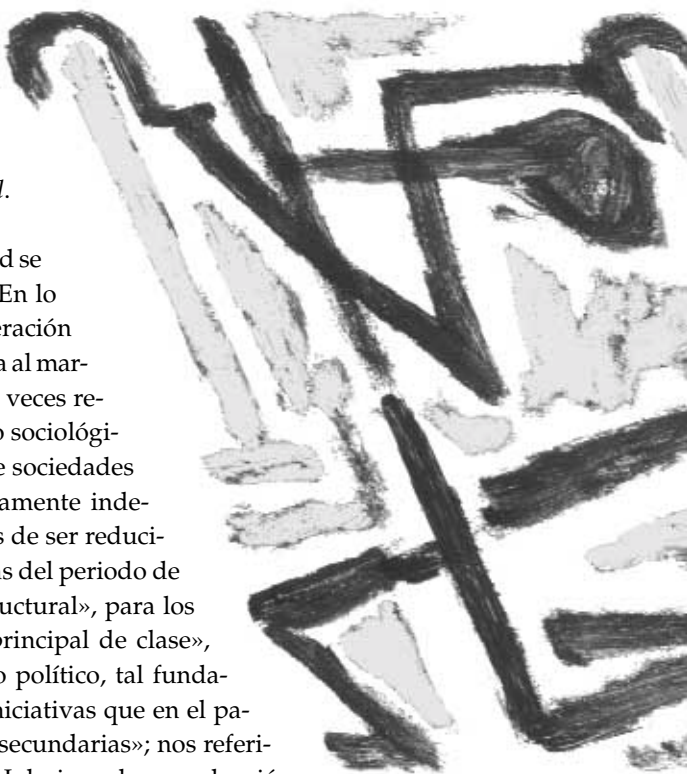
La idea de la fundacionalidad

Si se acepta que los cuatro momentos descritos no son absolutamente falsos, tenemos que aceptar necesariamente que las opciones políticas del futuro *no*

pueden existir solamente en una relación de continuidad con el pasado. Eso significa, ni más ni menos, que hoy nos encontramos en el justo medio de un periodo político de tipo fundacional.

Por lo demás, tal fundacionalidad se ha dado en la propia realidad. En lo económico, ella apunta a la generación de nuevas formas de subsistencia al margen de la gran empresa y pocas veces reconocidas por los Estados. En lo sociológico, apunta a la configuración de sociedades segmentadas en franjas relativamente independientes entre sí e imposibles de ser reducidas a los simplificados esquemas del periodo de modernización («dualismo estructural», para los desarrollistas; «contradicción principal de clase», para los revolucionarios). En lo político, tal fundacionalidad apunta al auge de iniciativas que en el pasado eran consideradas como «secundarias»; nos referimos a la actividad popular de la Iglesia y a la reproducción de las comunidades cristianas de base, a rebeliones de indios y de negros, a la organización política independiente de las mujeres (las «madres» de Argentina), a los «paros cívicos» colombianos e, incluso, a nuevos partidos políticos como el PT (Partido de los Trabajadores) brasileño. Como se deja ver, se trata de un proceso fundacional objetivo, heterogéneo y contradictorio, imposible de ser articulado en un solo discurso cerrado.

La complejidad de la realidad descrita hace también imposible la reproducción inmediata de las nuevas demandas al nivel de la política. En consecuencia, parece ser parte de una concepción política distinta aceptar un *margen de tensión insuperable* entre la realidad social y su formulación política. Con ello queremos decir que hay que aceptar algo que por lo demás no tiene nada de nuevo: una autonomía en la producción ideológica, la que, por cierto, se alimenta de los procesos reales, a la vez que éstos se alimentan de la producción ideológica, sin que por eso se confundan y terminen siendo lo mismo. Los tiempos en que las nuevas ideas se convierten en fuerzas políticas (si es que se convierten, pues no hay nada que así lo determine) son por lo común extraordinariamente lentos.



Lo escrito tiene una gran importancia en el curso de nuestra exposición, pues nos lleva a deducir *que la crisis del discurso político no tiene por qué ser necesariamente la crisis del movimiento político*. Hablar, por tanto, de un periodo fundacional, no significa que de pronto los partidos y movimientos existentes y reales tengan que desaparecer para ceder el paso a nuevos partidos y movimientos portadores de las también «nuevas verdades». El hecho de que el peronismo todavía goce de buena salud; de que Alan García y el APRA parezcan reeditar los mejores tiempos de Haya de la Torre; que en Bolivia, aunque muy ancianos, estén de nuevo en el Gobierno los héroes de la Revolución de 1952, son solo algunas muestras de la increíble vitalidad de ciertos movimientos políticos latinoamericanos. Pero, a la inversa, el hecho de que los ejemplos nombrados sean los más antiguos populismos, obliga a pensar que «algo» hay en ellos que los hace corresponder de una manera tan natural con la historia de sus respectivos países. Tal vez la propia heterogeneidad social e ideológica de tales movimientos es la que les permite absorber distintos discursos, para en seguida deshacerse de ellos, y a continuación seguir existiendo, para luego absorber otros discursos, y así sucesivamente. Es esa vitalidad y pertinacia política una de las razones que hacen suponer que la fundacionalidad a la que hemos hecho referencia no deberá solo darse al margen de tales movimientos, sino que también dentro y a través de ellos.

En otras palabras, si es cierto que vivimos un periodo de objetivas rupturas históricas, y si además es cierto que en el marco de ese periodo se imponen tareas políticas fundacionales, también debe ser cierto que aquellas rupturas que hacen posible la fundacionalidad han de darse no solo en contra, sino que también en una relación de continuidad con el pasado.

El pasado como fuerza del presente

La tesis arriba formulada encuentra, por lo demás, su confirmación en nítidos ejemplos históricos, a saber: en las experiencias vividas en otros periodos fundacionales. De ellos, los principales han sido dos: aquel iniciado en los años 20 a partir de la fundación de diversos partidos comunistas latinoamericanos que siguiendo las orientaciones derivadas de la Revolución rusa intentaron otorgar una orientación clasista a los movimientos populares existentes, y el iniciado durante los 60 a partir del ejemplo cubano tendiente a continentalizar la lucha armada en contra del «imperialismo y sus agentes nacionales». Tanto el uno como el otro proyecto fundacional fracasaron, en tanto que, si bien en algunas ocasiones lograron bloquear el desarrollo de los movimientos políticos «naturales», nunca pudieron suplantarlos. Salvo quizás el caso de Chile, donde el PC

interiorizó algunos elementos de la práctica populista, los partidos comunistas latinoamericanos no lograron revertir el sentido popular democrático (no clasista) de los movimientos políticos existentes, y sí lograron aislarse de sus propias realidades hasta el punto que, si alguna vez pudieron incidir en los acontecimientos de sus países, lo hicieron de una manera predominantemente negativa.

Los casos de los comunistas cubanos oponiéndose a la revolución «guiteriana» de los años 30, apoyando a la dictadura de Batista en los 40, y pronunciándose en contra de Castro en los 50; de los comunistas nicaragüenses, que nunca pudieron entender a Sandino, ni tampoco al sandinismo; de los comunistas argentinos, que calificaron a Perón como fascista; de los comunistas del PIR (Partido de Izquierda Revolucionaria) boliviano, que para oponerse al ascenso del «fascista» MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario), se unieron con los partidos más reaccionarios de su país, y muchos otros ejemplos, testimonian aquel fracaso fundacional iniciado en los años 20 y que se prolonga tragicómicamente hasta hoy día. Pero el fracaso fundacional originado en los 60 no fue menor. Las organizaciones influidas por el ejemplo cubano que quisieron levantarse como alternativa al «reformismo» comunista y al «reformismo burgués» al mismo tiempo, lograron alguna inserción en los movimientos estudiantiles y en las fracciones radicalizadas de los movimientos populistas, pero aquellos a quienes realmente les interesaba interpelar, las grandes masas y los trabajadores, permanecieron siempre sordos al llamado insurreccional. Tampoco los sandinistas organizaron ni dieron conducción al movimiento antisomocista, como quieren hacer creer algunas lecturas posrevolucionarias. Por el contrario, fue el desarrollo de un movimiento popular, democrático y popular antisomocista el factor que obligó al Frente Sandinista de Liberación Nacional a corregir sus rumbos erráticos, a cerrar sus muchas divisiones internas y a integrarse, como una fuerza más, a la lucha común.

Las frustraciones fundacionales señaladas nos muestran hasta qué punto las rupturas, cuando son planteadas al margen de la continuidad histórica, contribuyen a reforzar la pura continuidad, invalidando así la misma posibilidad de la ruptura.

***Las frustraciones
fundacionales
nos muestran
hasta qué punto
las rupturas,
cuando son
planteadas al margen
de la continuidad
histórica,
contribuyen a reforzar
la pura continuidad,
invalidando así
la misma posibilidad
de la ruptura***

A la inversa, podríamos llenar páginas y páginas que muestran cómo los movimientos revolucionarios relativamente exitosos que han existido en el continente se han encontrado situados en marcos determinados por la continuidad histórica más estricta y por las tradiciones existentes en sus propios países. Y eso ha sido así desde los tiempos en que Emiliano Zapata sublevó al sur mexicano levantando el estandarte de la Virgen de Guadalupe; pasando por Sandino, liberal y espiritista; hasta llegar a Fidel Castro, representante de la corriente «chibasista» y «martiana» de la ortodoxia.

Desde luego que no basta situarse en la tradición histórica y levantar una política rupturista para tener asegurado de antemano el éxito, algo que los montoneros argentinos deben haber aprendido de una manera muy dura. Ninguna política inoportuna o incorrecta puede convertirse en alternativa por el solo hecho de estar situada en el marco de una determinada tradición. De la misma manera, quien deduzca de este trabajo el imperativo de ingresar a alguno de los movimientos políticos existentes para, desde allí, levantar un plan fundacional, no ha captado su intención, que es precisamente la contraria. Pues, al ponerse el acento en la necesidad de establecer una relación rupturista en el marco de una continuidad, se hace en el subentendido de que tal ruptura tiene que plantearse, por lo menos originariamente, *desde una posición discursiva externa a aquellas que representan la pura continuidad*. De otro modo, no se habría hablado aquí de ruptura ni mucho menos de fundacionalidad; y ellos son, después de todo, los términos centrales de esta exposición. Hablar de continuidad sólo supone eliminar desde la partida la ilusión de que el desarrollo de un nuevo discurso o de nuevos discursos más acordes con la realidad actual, tiene por misión abolir a los demás discursos. Eso quiere decir, también, que este breve trabajo apenas es un modesto postulado hecho para insistir en una visión democrática de la política, pues supone que la existencia de un discurso sólo se entiende en términos de coexistencia con otros diferentes, los que, en buenas cuentas, corresponden a realidades presentes, aunque objetivamente pertenezcan al pasado.

Por cierto, la idea de aceptar lo distinto, y aun lo contrario, como condición de la propia existencia, es relativamente ajena a la cultura política latinoamericana. Pero el solo hecho de que hoy tal idea pueda ser formulada sin provocar escándalos, nos muestra algo de la magnitud de aquella ruptura que estamos testimoniando.